



Queridos Hermanos y Hermanas en Cristo,

Al escribirles este mensaje, estaba visitando a mi madre en Houston quien entraba en la última fase de su vida. Pasé dos días con ella y, aunque no podía responderme, recordé con ella las diversas etapas de nuestra vida, desde el nacimiento y la crianza de sus hijos y vernos salir de su casa para hacer nuestra propia vida, hasta el gozo de mimar a sus nietos y bisnietos, y el deterioro de su salud en sus últimos años.

Luego platicamos de cómo será el cielo. La alegría de ver la gloria de Dios. La presencia de los ángeles y los santos, de nuestros seres queridos: mi padre quien fue a su recompensa celestial hace 15 años, mis abuelos, y sus queridos amigos. Mi madre estaba recostada en su cama mientras yo estaba sentado a su lado junto a la ventana. A ella le gusta mirar por la ventana a los pájaros que la visitan y le regalan una serenata desde las ramas de los árboles.

Mi pensamiento se fue a otra madre e hijo que también se sentaban junto a una ventana, hace siglos, imaginándose cómo serán las maravillas y las alegrías del cielo. Santa Mónica oró incansablemente para que su hijo encontrara el buen camino en la vida y descubriera el amor y la misericordia de Dios; ¡Me preguntaba cuántas lágrimas derramó mi madre por sus hijos y nietos y cuántas oraciones ofreció por nosotros!

Mientras celebramos la resurrección de Jesucristo en este tiempo de Pascua, me pregunto si pensamos en el cielo. Si nos imaginamos cómo será aquel lugar. Si hacemos planes para ello.

En nuestra cultura moderna, planeamos muchas cosas en la vida. Planificamos el futuro de nuestros hijos, el desarrollo de nuestras carreras, las vacaciones, y el trabajo eficiente. Pero, ¿alguna vez hemos planeado cómo llegar al cielo? ¿Requiere planificación?

El Catecismo de la Iglesia Católica afirma lo siguiente: “Esta vida perfecta con la Santísima Trinidad, esta comunión de vida y de amor con ella, con la Virgen María, los ángeles y todos los bienaventurados se llama ‘el cielo.’ **El cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha**” (1024).

“¡El estado supremo y definitivo de dicha!” ¡Qué maravilloso pensamiento! El antiguo filósofo Aristóteles señaló que la felicidad era la meta de toda vida humana. Verdaderamente todos deseamos y anhelamos la felicidad. Jesús nos dice que seguirlo y vivir en comunión con Dios y el prójimo trae gozo y felicidad permanente. Sin embargo, en este mundo, ese gozo y felicidad siempre serán desafiados por nuestros propios pecados y los pecados del mundo. Y así, como

dice San Pablo, “caminamos por la fe” en el camino de la vida, esforzándonos por amar como Dios ama.

En el cielo, la fe y la esperanza no serán necesarias, ya que habremos logrado aquello en lo que creíamos y esperábamos. Sólo el amor perdurará en el cielo. Amor a Dios, al prójimo, y a uno mismo. ¡El amor de Dios por nosotros! Recordemos lo que nos dice San Juan: “Dios es amor” (1 Jn 4,8). Empecemos a vivir así en este tiempo pascual, vivamos en el amor. Así es como planeamos para llegar al cielo: viviendo el reino de los cielos aquí en la tierra, a través de la fe, la esperanza y el amor.

A medida que la Eucaristía nos abre el camino a la vida eterna, espero que nos alimentemos por el amor de Dios hacia nosotros, por “el Pan bajado del cielo,” por la Palabra hecha carne, y que nos fortalezcamos para el camino de la vida y, por último, para el camino al cielo.

¡Felices Pascuas!

Obispo Oscar Cantú